

Primer Retiro Intercomunitario ¿A dónde va la Vida Religiosa?

Distrito de Centroamérica-Panamá

Documento de Lectura

Pasión por Cristo o Apasionados por Cristo

Antes de considerar la pasión y la muerte de Cristo en la Cruz, antes de mirar al Crucificado, se ha de considerar la otra pasión de Jesús, su pasión por la humanidad, se ha de contemplar al Nazareno predicando y sanando durante su ministerio público. Sin duda son dos pasiones estrechamente relacionadas, o dos vertientes de la misma pasión: la pasión de Cristo por la humanidad, su estar apasionado, lleno de amor y de pasión por la humanidad y su pasión en la Cruz. Pero la fuente de toda verdadera pasión, lo que dio especial sentido a la pasión en la Cruz fue precisamente la pasión de Jesús por la humanidad, su amor por la humanidad, su apasionamiento por la humanidad. Esta observación es importante para reflexionar sobre la vida religiosa en la actualidad.

Antes de mirar al Crucificado para entender la Cruz o el sufrimiento de la vida religiosa, los religiosos y religiosas deben preguntarse cuál es su pasión, por quién están apasionados, si su vida está inspirada por la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad. En definitiva, religiosos y religiosas deben preguntarse cuál es su verdadero amor.



Entre las muchas pasiones, positivas y negativas, que enumera, santo Tomás señala el amor como la pasión primera y principal, la fuente de todas las pasiones positivas e incluso de aquellas que podrían llamarse negativas. El amor es la raíz y el motor de las demás pasiones o emociones, las que nos acercan a lo bueno y deseable o las que intentan alejarnos de lo malo y desagradable (Summa Theologiae, I-II, 25, 2-4). El amor es la fuente del deseo, del gozo, de la esperanza..., que nos acercan a lo bueno y deseable. Pero es también la fuente indirecta del odio, de la aversión, del dolor y la tristeza, de la desesperación, del temor y hasta de la ira..., que intentan alejarnos de lo malo y desagradable.

Por eso es tan importante saber cuál es nuestro amor, por quien o por qué estamos apasionados. Preguntar por nuestro amor es preguntar por nuestra pasión. Esta es la primera pregunta que tienen que hacerse hoy los religiosos y las religiosas y, en el fondo, todos los cristianos, y quizá todas las personas. Si falta pasión, la vida religiosa no tiene sentido. Si su pasión es errada, la vida religiosa es un fracaso.

Una prostituta protagoniza la obra de teatro escrita por Jose Luis Martin Descalzo bajo el título Las prostitutas os precederán en el Reino de los cielos. La historia de aquella mujer refleja bien la importancia de la pasión en la vida de las personas. En la habitación alquilada para ejercer su oficio hay un gran Crucifijo. Lo habían escondido allí los feligreses de la parroquia durante la guerra civil para salvarlo de la destrucción. La prostituta se ha encariñado con el Cristo, se ha apasionado por él, le reza todos los días con verdadero amor y pasión, se compadece de él, "siempre clavado en esa Cruz".

Pasada la guerra, los parroquianos localizan el gran Crucifijo y el párroco reclama por teléfono a la prostituta la devolución del mismo al templo parroquial. Ella contesta con una negativa firme, más o menos en los siguientes términos: "Mire usted, amantes tengo muchos, con ellos me gano la vida y por eso los necesito; pero amor sólo

tengo uno -lo dice mirando al Cristo-, y nadie me lo va a quitar. Es el que da sentido a mi vida". Es muy significativa esa contundente afirmación de que su único amor, su única pasión es Cristo, el único que da sentido a su vida. Nadie se lo va a arrebatar. Nada de sentimentalismos. Es una seria invitación a la vida religiosa para que se pregunte cuál es su amor o cuáles son sus amantes, cuál es su pasión o cuáles son sus pasiones. ¿Hasta qué punto nuestra vida religiosa está fundada sobre la pasión por Cristo? ¿Cuál es la fuerza y la intensidad de esta pasión? Esta fue la gran pasión que Pablo confiesa a lo largo de todas sus cartas. "Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia" (Flp 1,21). Y por eso llega a exclamar: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (Rom 8,35-39).

En los años posteriores al concilio Vaticano II tuvo lugar una interesante conferencia en la CONFER de Madrid. El ponente era el P. Tillard, dominico canadiense, por aquel entonces dedicado en cuerpo y alma a la teología de la vida religiosa. A la mayoría de los asistentes nos sorprendió, sobre todo, la siguiente afirmación: "El problema fundamental de la vida religiosa -dijo- no son los pequeños problemas de la pobreza, la castidad y la obediencia: el problema fundamental de la vida religiosa es el problema de la fe". Confieso que entonces no lo entendí o no estaba de

acuerdo: no sabía yo bien la razón de ser de tal afirmación. Pero a medida que pasaron los años me fui convenciendo de que el P. Tillard estaba absolutamente certero en su diagnóstico. Hoy suscribo sin dudarle esa afirmación, aunque la formule en otros términos. Yo lo diría así: "El problema de fondo de la vida religiosa no es un problema de disciplina o de moral; es un problema teologal".

Esta afirmación equivale a decir que el problema de fondo de la vida religiosa es un problema de fe, un problema de experiencia de Dios, de pasión por Cristo. En realidad, este es el problema de fondo de la vida cristiana radical, y eso quiere ser la vida religiosa. Ciertamente, el problema teologal o el problema de la fe no es un asunto de intelección académica, sino de pasión existencial. No es el problema de nuestra incapacidad para comprender los hondos misterios de la Trinidad, de la encarnación de Dios, de la presencia eucarística, o incluso el misterio del mal y el misterio de la salvación de la humanidad. Una persona puede andar racionalmente perdida en estas cuestiones teológicas y seguir siendo un gran creyente. Es hora ya de distinguir con claridad la fe y la teología. Tampoco es cuestión de requerir fervor o emoción para garantizar la

fe radical o la pasión por Dios. También es hora ya de distinguir la fe y el sentimiento religioso.

En la formación tradicional de muchas comunidades religiosas se confundieron con frecuencia esas dos cosas tan distintas: la fe y el sentimiento religioso. La fe es mucho más consistente que el sentimiento religioso, y puede persistir y resistir, pura y desnuda, cuando el sentimiento, la emoción y el fervor desaparecen. Como diría san Juan de la Cruz, los ojos de la fe son capaces de "saber la fuente que mana y corre, aunque es de noche".

Entendemos la fe como confianza, afianzamiento, firmeza en Dios. "Señor es mi fuerza, mi roca y salvación". "Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él es mi salvación". Esta fe es la auténtica raíz de la vida religiosa; constituye la verdadera radicalidad de la vida cristiana. Esta es la raíz que permite sostener este proyecto de vida, sobre todo cuando escasean las garantías humanas, como sucede en la actualidad. No es bueno confundir la radicalidad evangélica con acciones y gestos sensacionales y espectaculares, contaminados a veces con elementos ideológicos y ansias de protagonismo. Debido a estos malentendidos en torno a la radicalidad evangélica, han fracasado muchos proyectos bienintencionados en la vida religiosa durante las últimas décadas.

La fe entendida como confianza existencial es la verdadera base teológica de la vida religiosa. Esa es la fe como pasión. Es la fe que se alimenta más del amor que de las razones. Es la fe que se afianza más en el corazón que en la inteligencia, sin desprestigiar a esta. Es una fe-pasión, una fe apasionada. Esta es la pasión por Dios o la pasión por Cristo, que da sentido a la vida y a la misión de los religiosos y las religiosas. De esa pasión brotan todas las demás pasiones cristianas en la vida religiosa, especialmente la pasión por la humanidad o la compasión con la humanidad.

Otros géneros de vida pueden tener sentido sin esta pasión por Dios o por Cristo. Pueden encontrar sentido en el matrimonio, la paternidad o la maternidad, la familia, los éxitos profesionales, la filantropía... Este género de vida, la vida religiosa, sólo se justifica y recaba sentido último en la fe, en la dimensión teológica, en la pasión por Cristo y por la humanidad. Esta es la pasión que proporciona sentido y proporciona también estímulos y motivaciones para el seguimiento de Jesús y para las renunciaciones adyacentes.

Entendemos la fe como confianza, afianzamiento, firmeza en Dios.

En la vida de los seres humanos el problema del sentido es fundamental. Hemos aludido ya a la postura de Víctor Frankl, el conocido psiquiatra vienesés fallecido hace algunos años, con respecto al problema del sentido. Afirma con toda contundencia al narrar sus experiencias en los campos de concentración: "El problema fundamental del ser humano es el problema del sentido, no el problema del placer: sin placer, añade, se puede vivir, sin sentido sólo cabe como salida el suicidio". Es una afirmación contundente, que da que pensar hoy y siempre a la vida religiosa y a toda vida humana.

Pero, es cierto, en la vida no basta el sentido; es necesaria también la virtud, la dinamis, la fuerza, la motivación..., sobre todo cuando por medio hay exigencias radicales, renuncias a las pulsiones o los instintos más hondos de la naturaleza humana. Es el caso de la vida religiosa. No basta encontrar sentido a esta vida; hay que buscar recursos teologales para vivirla con pasión. La fe aporta sentido y virtud. Con frecuencia creemos, pero no confiamos. Queremos pero no podemos. Nuestra fe esta ahí pero es frágil, débil, vulnerable, quebradiza. No es suficiente para sustentar las renuncias, el compromiso, la misión... Probablemente es este el drama de muchos religiosos y religiosas: queremos y no podemos. Por ejemplo, queremos ser pobres, pero no podemos. Tenemos buena voluntad, pero frágil. Nos faltan recursos teologales, para vivir con calidad, con pasión, para trabajar con compasión y misericordia. Nos falta pasión y compasión.

Una mirada al ministerio público de Jesús permite comprobar la importancia definitiva de su pasión central para su vida y su misión. Un hilo conductor atraviesa toda la vida pública de Jesús: la pasión por Dios y la pasión por el reino de Dios o el reinado de Dios. Esa pasión da sentido a su vida y su misión. Esa pasión le va marcando los pasos de las renuncias que son necesarias para conquistar la libertad, para ser totalmente libre y poner esta libertad al servicio del Reino. Esas renuncias positivas y liberadoras se multiplican a lo largo de su vida y ministerio público. Jesús es el hombre Libre: libre de la familia, de las instituciones, de las leyes, de los bienes materiales, de si mismo... La pasión por Dios y por el reino de Dios es capaz de dirigir y sostener toda su vida y su misión.

Hoy la cristología insiste en que uno de los rasgos más seguros y sobresalientes del Jesús terreno fue precisamente su singular experiencia de Dios, su singular e íntima relación con Dios como Padre, su pasión por Dios y su pasión por las cosas de Dios. "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4,34). Y otro rasgo seguro y sobresaliente del Jesús terreno es su pasión por el reino de Dios, o lo que es lo mismo, su pasión por la humanidad, hasta dar su vida. El advenimiento del reino de Dios fue el centro de su predicación y el objetivo terminal de su misión.

Estas claves de la vida de Jesús son las claves de sus seguidores, las que permiten encontrar sentido al propósito de seguir a Jesús y las que pueden proporcionar motivaciones y recursos suficientes para llevar adelante la tarea del seguimiento. Estas son las verdaderas claves para la vida religiosa hoy: la pasión por Dios y la pasión por el reino de Dios. Dicho de otra forma: las claves de la vida religiosa en la actualidad deben ser la fe-confianza en Dios y el celo apostólico o la pasión por la salvación integral de la humanidad.

Tomado de:
Oraciones para el encuentro
ARLEP

Cuestionario para compartir

“Pasión por Cristo, pasión por la humanidad” han sido y sigue siendo las dos pasiones que definen la naturaleza y la misión de la vida religiosa, de la vida cristiana radical hoy y siempre... La fidelidad a Cristo y la fidelidad a la humanidad son las dos fidelidades que inspiraron a los grandes fundadores de las familias religiosas. Son las dos grandes fidelidades que definen la entraña, la esencia, la identidad de la vida religiosa...”

1. ¿Cuál es nuestra pasión? ¿Por qué padecemos en este momento? ¿Por quién estamos apasionados? ¿Qué hay en nuestra pasión de mero sufrimiento y qué hay en ella de amor?

2. En nuestra opción, en nuestras vivencias, en nuestra vida de seguimiento... ¿cuál es nuestro amor verdadero? ¿Cómo lo expresamos? ¿Cómo lo alimentamos y acompañamos?

3. ¿Hasta qué punto nuestra vida religiosa, y nuestra vida comunitaria y demisión, están fundadas sobre la pasión por Cristo? ¿Cuál es la fuerza y la intensidad de esta pasión?

4. Comenta y reflexiona la afirmación del P. Tillard:

“El problema fundamental de la vida religiosa no son los pequeños problemas de la pobreza, la castidad y la obediencia: el problema fundamental de la vida religiosa es el problema de la fe”.

“Me has seducido, Yahvé, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido... La palabra de Yahvé ha sido para mí oprobio y befa cotidiana. Yo decía: “No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.” Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía. Escuchaba las calumnias de la turba... Todos aquellos con quienes me saludaba estaban acechando un traspiesmío: “A ver si se distrae y le podremos...” Pero Yahvé está conmigo...” (Jer 20, 7- 10)